

señas por donde pudiesen venir en conocimiento de que era verdad que la Madre de Dios le enviaba. Preguntóle el indio qué señal quería para pedírsela á la Señora; pregunta llena de sinceridad que acabó de convencer al prelado de que en aquella materia estaba el cielo verdaderamente interesado. Pero temeroso siempre de algun engaño en materia tan importante, llamó á algunos de sus familiares, y hablándolos con cautela, les mandó que siguiesen al indio luego que él lo hubiese despedido, que no lasen cuidadosamente cuanto le sucediese, para darle despues exacta cuenta. Despidió al indio el obispo, siguiéronle sus familiares; pero apenas llegó á un puente, que cerca del cerrillo tiene un rio que desagua en la laguna, cuando desapareció Juan, sin que los criados pudiesen volver á verle mas. Registraron con toda diligencia el cerro, y no encontrando rastro de semejante hombre, volvieron á su amo, asegurándole que el indio era un embaucador, y que como á tal debia castigarle si otra vez tenia el atrevimiento de volver á su presencia. Luego que Juan Diego desapareció de la vista de los criados, no por malicia ó artificio suyo, sino porque el cielo habia determinado que en aquel prodigio no hubiese mas testigos que aquel indio sencillo y humilde, se encaminó al sitio en donde le esperaba Maria santísima. Postróse en presencia suya, refirió cuanto le habia pasado con el obispo, y como le habia mandado que la pidiese una señal cierta, por la cual se conociese que era la Madre de Dios quien le enviaba, y que era voluntad suya que en aquel cerro se la edificase un templo. Maria santísima se manifestó muy agradecida, y con palabras muy cariñosas encargó á Juan Diego que volviese al dia siguiente á aquel propio sitio, en donde le daria la señal por la cual fuese creido. Prometió volver al dia siguiente; y se despidió con las señales de mayor humildad y reverencia. No pudo cumplir lo prometido al dia siguiente; porque habiendo caido enfermo un tio suyo, llegó á estar en aquel dia de tanto peligro, que le pidió á su sobrino Juan Diego fuese al convento de Santiago á buscar un religioso que le administrase los sacramentos, á cuya justa peticion no pudo negarse. En esto pasó el lunes 11 de diciembre, y en la madrugada del 12 se puso en camino para el referido convento, con ánimo de dar á su tio la consolacion que pedia, trayéndole él en persona un religioso que le administrase los sacramentos.

Al tiempo de romper el alba llegaba puntualmente á la falda del montecillo en donde se le habia aparecido nuestra Señora. Entonces se acordó de su infidelidad, y de como, habiendo prometido á Maria santísima volver á tomar la señal, habia faltado

á su palabra. Temió alguna áspera reprehension si se encontraba con la Señora, y para evitarla tomó otra vereda, juzgando con simplicidad que esta sola diligencia bastaria para que Maria santísima no le encontrase. Juzgó en su corazon que era diligencia mas precisa la que le ordenaba la caridad de socorrer espiritualmente á su tio, que cumplir un mandamiento de la Madre de Dios, aunque tan lleno de prodigios. Esta persuasion le hizo preferir lo uno á lo otro; pero siempre conservaba en su alma una sencilla determinacion de volver á cumplir á la virgen Maria lo que la habia prometido, luego que hubiese llevado á su tio enfermo las medicinas espirituales de que tanto necesitaba. Entre rezelos y temores caminaba el indio, cuando vió á la Madre de Dios bajar de la cumbre del montecillo para salirle al encuentro. Bajaba rodeada de una nube resplandeciente, que despedia de sí mucha luz en la misma forma que la vió la vez primera, y luego que estuvo cerca de Juan Diego, le dijo: *¿Adonde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?* Confuso el indio, temeroso y lleno de turbacion se postró á sus pies sacratísimos, y con palabras dictadas por la misma sencillez, le dijo así: *Niña mia muy amada, y Señora mia, Dios te guarde: ¿cómo has amanecido? ¿estás con salud? No tomes disgusto de lo que dijere. Sabe, dueño mio, que está enfermo de peligro un siervo tuyo, y tio mio, de un accidente grave y mortal, y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al templo de Tlatelulco en la ciudad á llamar un sacerdote para que venga á confesarle y olearle; y despues de haber hecho esta diligencia volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me escuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.* La Reina de los ángeles admitió su disculpa, y habiéndole certificado de que en aquella misma hora se hallaba ya sano su tio, Juan Diego lo creyó sin el menor rezelo: dispúsose para volver otra vez al obispo, y la pidió que le diese la señal concertada. Ordenóle Maria santísima que subiese á la cumbre del cerro, y que recogiese las rosas que encontrase allí, y recogióndolas en su capa, las llevase á su presencia, y le diria lo que debia hacer y decir. No obstante que sabia Juan Diego que por aquellos peñascos no habia flores algunas, ni allí se producía otra cosa que abrojos, obedeció sin replicar, y subiendo á la cumbre del cerrillo, se encontró con un verjel lleno de rosas tan frescas y recientes como pudiera haberlas en la primavera. Cortó cuantas cabian en la capa ó tilma que llevaba sobre sus hombros, y se presentó á Maria santísima que le esperaba al pie

de un árbol. Llegó el indio, y poniéndose de rodillas delante de la Madre de Dios, la mostró las rosas. Entonces la Señora las cogió con sus manos, y volviéndolas á dejar caer en la tilma, le dijo: *Esta es la señal que has de llevar al obispo, á quien dirás, que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno. Ten cuidado, hijo, con esto que te digo, y advierte que hago confianza de ti. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa sino en presencia del obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora, y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo.* Despidióse el indio de María, y muy regocijado se encaminó al palacio del obispo, con gran confianza de que luego que viese la señal habia de ser creído. Por el camino iba de rato en rato mirando las flores, recreándose con su fragancia y hermosura.

Habiendo llegado al palacio del obispo, solicitó, como otras veces, hablarle, y fué tambien detenido y desatendido de la misma manera. Mientras esperaba, advirtieron los criados que llevaba en la tilma alguna cosa, y el demasiado cuidado con que procuraba encubrirla, despertó en ellos la curiosidad de averiguar qué cosa era. Resistió el indio cuanto pudo; pero forcejeando, advirtieron los criados que eran rosas, y al querer tomarle algunas se encontraron burlados, porque advirtieron que estaban pintadas en la tilma. Dieron cuenta al obispo; y entrando Juan Diego á su presencia, le dió la embajada de parte de María santísima, diciéndole: *Que aquella era la señal que le habia dado de que era su voluntad que se la edificase un templo.* Al decir esto desplegó la tilma: apareció en ella una hermosísima imagen de María santísima, ni bien se sabe si tejida ó pintada, y de ella cayó una porción de rosas en el suelo, tan frescas, que tenían todavía el rocío con que habian sido cortadas. Quedó el obispo atónito á vista de semejantes prodigios; ni bien sabia si admirar las flores en un tiempo el mas crudo de invierno, en que absolutamente eran imposibles, ó la imagen santa pintada y dispuesta de manera, que parecia obra de ángeles. Un asombro reverente se apoderó de su corazon, y reconociendo que en aquellas cosas obraba el dedo de Dios, y mediaba la virtud divina, veneró la santa imagen, mandó colocarla en su oratorio, y en breve tiempo se divulgó por la ciudad la fama de aquel prodigio. Todo aquel dia permaneció Juan Diego en el palacio del obispo, haciéndole éste muchos agasajos, como á persona á quien consideraba sumamente favorecida de la Reina de los ángeles. Al dia siguiente fué el mismo prelado en su compañía para que señalara el sitio en que se le habia aparecido aquella Señora, y en donde

habia mandado que se la edificase el templo. Luego que lo señaló Juan Diego manifestó al obispo el cuidado que tenia por la salud de su tio, á quien habia dejado enfermo de peligro. Pidióle licencia para irse á verle: y el obispo, que estaba ya enterado de lo que habia pasado en la última aparicion, y como María santísima le habia certificado de que ya estaba sano en aquella hora, envió con el indio á algunos familiares suyos, personas de inteligencia y respeto, para que examinasen y se informasen bien de aquel caso. Lo que resultó de estos fué hallar á Juan Bernardino, que así se llamaba el tio del indio, perfectamente sano, y como si nunca jamás hubiera padecido aquella enfermedad. Hicieron los españoles escrupulosas investigaciones sobre la hora en que habia sentido la mejoría, y hallaron puntualmente que habia sido la misma en que la Madre de Dios lo habia asegurado. Enterado de todo el obispo, se llevó á los indios á su palacio como á personas dignas de la mayor veneracion por haber intervenido en aquellos prodigios del cielo. Al principio tuvo en su oratorio la milagrosa imagen; pero viendo el innumerable concurso de gentes que venian á venerarla, hizo que se trasladase á la iglesia mayor, en donde permaneció mientras se la edificó una decente capilla. Concluida esta, se trasladó á ella la imagen milagrosa con una procesion solemnisima, y en aquel sitio han recibido los mejicanos tantos favores de la misericordiosa Señora, y los reciben cada dia, que ven perfectamente cumplidas las promesas que hizo la Reina de los ángeles al venturoso indio Juan Diego.

La misa es propia de la festividad, y la oracion la siguiente:

O Dios, que quisiste que que ya que en este dia nos ale-
puestos bajo el singular patro- gramos con su conmemoracion
cinio de la bienaventurada vir- en la tierra, lleguemos á gozar
gen María fuésemos colmados de su presencia en el cielo. Por
de beneficios perpetuos; con nuestro Señor, etc.
cédenos á tus humildes siervos,

La Epistola es del cap. 24 del Eclesiástico.

Yo fructifiqué como la vid de la sabiduría, y de la santa
suavidad de olor: y mis flores esperanza. En mí (se halla) toda
son frutos de gloria y de la gracia (para conocer) el ca-
nestidad. Yo soy madre del mino de la verdad; en mí toda
amor hermoso, y del temor, y esperanza de vida y de virtud.

Venid á mi todos los que me deseáis, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen ten-

drán todavía hambre, y los que me beben tendrán todavía sed. El que me escucha no será confundido; y aquellos que obran por mí no pecarán. Los que me ilustran conseguirán la vida eterna.

REFLEXIONES.

Al ver los prodigios que ha hecho la divina Omnipotencia para asegurar á los hombres la proteccion y patrocinio de su madre la virgen María, se sorprende cualquier entendimiento criado, y se abisma entre la confusion y el agradecimiento. Solamente el hecho que se refiere en la aparicion de este día, está tan lleno de maravillas, que basta para llevarse tras sí todas nuestras admiraciones. Pero si al mismo tiempo reflexionamos lo que se dice en la Epístola de este día, que segun la inteligencia de la santa madre Iglesia, se entiende tambien de la Madre de Dios, hallaremos que nuestras admiraciones nacen por la mayor parte de falta de consideracion de la dignidad del cristiano, y de que nuestro Dios es un Dios de piedad infinita. Embriagados con los placeres terrenos, ocupados únicamente con los intereses perecederos, no fijamos la consideracion sino en la carne y sangre. Por esto se nos hace un prodigio y una maravilla el que Dios sea benéfico y misericordioso, y el que su Madre santísima se parezca tan perfectamente á su Hijo. Si el conocer esto pendiese de la adquisicion de algunas ciencias difíciles y enredosas, que necesitasen muchos años de meditacion para su logro, ya pudiéramos tener alguna disculpa; pero la lástima es, que la eterna Sabiduría nos ha hecho la ciencia de la salvacion una ciencia fácil, y nosotros dejamos de percibir sus máximas por falta de atencion y reflexiones. Porque, ¿como pudiéramos estrañar que la Madre de Dios se apareciese á un indio sencillo y humilde, si considerásemos lo que de la misma Reina de los ángeles nos dice la Iglesia en la Epístola de este día? *Yo fructifiqué, dice, como la vid, la suavidad de olor, y mis flores son frutos de honor y honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza. En mí se encuentra toda gracia de camino y de verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud.*

De estas palabras solas se deducen fácilmente todas las obras benéficas de María por maravillosas que sean. Porque, ¿qué es-

traño es que se aparezca á Juan Diego, y que le colme de sus favores, siendo madre del amor hermoso, en quien encuentran los hombres la mas benigna acogida? ¿qué estraño es que despreciando á los nobles y poderosos del mundo, quiera aparecerse á un personaje tan oscuro y desconocido, teniendo en sí todas las gracias, siendo el depósito de la virtud y de la vida? Por ventura, ¿serian mas á propósito para recibir los favores inefables de la Reina del cielo aquellos fantasmas del mundo, henchidos de vanidad y de soberbia, que un humilde y sencillo indio, cuya alma estaba llena de fe y de pureza? ¿será digno de admiracion que dé por señal de la veracidad de su aparicion y de su voluntad santa unas flores milagrosas, aquella que está rodeada de fragancias y aromas como la vid fructífera, y abunda de las flores de honor y honestidad que en ella son inseparables de los frutos? Consideradas con reflexion estas cosas, resulta que la Madre de Dios no puede obrar de otra manera: que en semejantes apariciones manifiesta bien que es madre de Dios y nuestra; y que nosotros no conocemos nuestra felicidad, porque no reflexionamos sobre ella. Nos ensoberbecemos y engrimos, ostentando los escudos de armas de nuestros abuelos, y un linaje percedero, ó una ascendencia, que ya no existe, ocupan nuestras atenciones, y nos hacen creer que por ellas somos algo de provecho en el mundo. Al mismo tiempo nos dice María santísima que es madre nuestra, que nos ama como á hijos, y que tiene en sí un depósito de todas las gracias para favorecernos. Nos insinua que no podemos tener esperanza, con tal que esté bien fundada, que no cuente con sus misericordias y patrocinio: que en los temores que nos oprimen en esta vida, en que nuestros enemigos nos rodean de continuo para devorarnos, nada puede dar una verdadera tranquilidad á nuestro corazon, sino su piedad maternal, y la confianza en su misericordia. Sin embargo de esto, nosotros apenas nos acordamos de tal Madre sino para faltarla al respeto, ó para ofenderla con una temeraria y sacrilega confianza. Esto consiste en falta de reflexion, en un falso concepto que se forma de la piedad, en una idea equivocada que tenemos de la devocion; en una palabra, en falta de reflexion y conocimiento; y así esclamaba bien el Profeta cuando decia: *La tierra está desolada con desolacion, porque no hay nadie que piense dentro de su corazon y reflexione.* El descubrimiento de esta enfermedad está hecho: se han indicado igualmente las mortíferas causas de donde proviene; por último, se ha señalado la verdadera medicina; en la mano del cristiano está la curacion de la dolencia.

El Evangelio es del cap. 1 de S. Lucas.

En aquel tiempo : Levantándose María fué con presura á la montaña á una ciudad de Judá : y entró en casa de Zacarías , y saludó á Isabel . Y sucedió que luego que Isabel oyó la salutación de María , saltó el niño en su vientre : é Isabel fué llena del Espíritu Santo , y esclamó en alta voz , y dijo : Bendita tú entre las mujeres , y bendito el fruto de tu vientre . ¿ Y de don-

de á mi que la madre de mi Señor venga á mi casa ? Porque mira : apenas la voz de tu salutación llegó á mis oídos , brincó de gozo dentro de mi vientre el niño : y dichosa tú que has creído , porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas por el Señor . Y María dijo : Mi alma ensalza al Señor , y mi espíritu se regocija en Dios mi salvador .

MEDITACION.

Sobre la verdadera y sólida devoción que se debe tener con María santísima.

PUNTO PRIMERO.—Considera que en la Madre de Dios tienes el remedio de todos tus males , y el refugio mas seguro en todas tus necesidades ; pero que al mismo tiempo que esto es verdadero , debe ser tambien sólida y arreglada á las máximas del Evangelio aquella devoción con que pretendes conseguir los favores de María .

Para conseguir esto has de considerar en la santa Virgen su dignidad , lo que merece por ella , y á lo que nos escita ; y de estas tres cosas resultará una devoción pura y santa , y un obsequio razonable , como deseaba el Apóstol escribiendo á los romanos (cap. 12) . Para hacer un justo concepto de lo primero no tienes mas que considerarla como madre de Dios . Esta dignidad es tan grande por sí misma , que con razon la atribuyen los santos Padres un no sé qué de infinito , en que se abisma el humano entendimiento sin poder llegar á comprender sus prerogativas . Conoce , sí , que el ser María madre de Dios la da una dignidad y precio superiores á todas las criaturas , que entre todo lo criado nada puede llegar á dar una leve idea de la alteza de su dignidad , y que por ella concebimos justamente en María todo lo que no es Dios , con tal que sea perfección y gracia ; que es decir , la concebimos grande y perfecta hasta un grado tan sublime , que solo tenga sobre sí á la divinidad . Pero una perfección tan gran-

de no la podia sostener María sin un cúmulo prodigioso de virtudes ; y así , colmada de gracias en el instante de su concepcion , estuvo creciendo en gracia y en virtud todo el discurso de su preciosa vida , hasta que fué trasladada á reinar con su Hijo . Madre de Dios y perfectamente santa se presentará María á tu entendimiento como una mediadora y abogada tuya para con su hijo Jesucristo , en quien puedas depositar todos tus cuidados y todas tus confianzas . Por esta parte será sólida tu devoción , venerando á María como á la criatura mas perfecta , admirándola como llena de todas las gracias , y amándola tiernamente como á tu madre y tu protectora . Por esta dignidad sublime merece María santísima un culto y veneración inferior al que se da á Dios , pero superior al que se tributa á los ángeles y santos . Este culto particular que se da á la Virgen se llama hiperdulia ; cuyo carácter es fácil de concebir si se considera lo que es culto , y las causas por qué se da . Culto no es otra cosa que un honor concebido en lo íntimo del corazón , y protestado con señales exteriores que se ofrece á algun objeto en testimonio de su excelencia . Esta es la causa principal del culto , y la medida por donde se debe tasar . Según la excelencia que se halle en el objeto á quien se tributan adoraciones , así debe ser el culto : á Dios , como á ser supremo é infinito , se le debe adorar de un modo superior á todas las criaturas : á María santísima menos que á Dios ; y á los ángeles y santos menos que á María santísima . Tu devoción á esta Señora será arreglada y perfecta por lo que toca á esta materia , si sabes hacer una discreta separación de sus gracias y virtudes , de manera que las coloques en lugar superior á las de todos los bienaventurados ; pero que de ninguna manera llegues á confundirlas con la grandeza del Ser supremo , ni á atribuir á María santísima sacrilegamente los dotes que son propios de la divinidad . Supuesto que María santísima es madre de Dios , y que como tal es nuestra protectora y abogada , se sigue naturalmente la consecuencia de que procuremos imitar sus virtudes . He aquí el capítulo principal por donde se constituye la verdadera devoción que debemos tener á María . En vano te cuentas entre sus devotos , si conociendo su grandeza , y venerando sus virtudes , rehusas ó te descuidas en imitarlas . Tu devoción en tal caso será un mero fantasma , cuyas apariencias exteriores serán de piedad ; pero su esencia verdadera no será otra cosa que impiedad é indevoción .

PUNTO SEGUNDO.—Considera que en el instante en que te declares por devoto de María , y comiences á poner por obra los afectos de tu corazón , en el mismo instante verás levantarse con-